

Interpelar sin estridencias | *Sobre Héctor Schmucler*

Héctor “Toto” Schmucler siempre acompañó de manera amorosa al grupo editorial de esta revista en la aventura, iniciada desde 2008, de crear y hacer crecer en nuestro país las Jornadas Internacionales Hannah Arendt. Con voz pausada y sin miedo a la inactualidad, estuvo ahí para interpelar sin estridencias y razones enfáticas. Sus ensayos, tal como el que presentamos en este primer número de *Pescadora*, no sólo son la cifra de una lectura atenta de la obra de Hannah Arendt, sino también del intento de pensar -con la compañía de la pensadora judío alemana- los dilemas y los desgarros del presente argentino y latinoamericano. Sin dudas los contornos de ese presente, para Schmucler, se recortan a partir de una experiencia que atravesó la vida política argentina y su vida personal: efectivamente, sus obras dan testimonio del intento de comprender, con la compañía de Arendt y de otros autores como Levinas y Benjamin, “lo que resta” de la dictadura argentina acontecida entre 1976 y 1983, de su propio exilio en México, así como de la desaparición de su hijo Pablo, desde 1977. Sobre esa permanencia de la “desaparición” en el presente, nos ha dejado una de las más terribles y lúcidas palabras, de triste actualidad: “El 28 de enero de 1977 – conjeturamos- desapareció Pablo, mi hijo. Releo esta primera frase para seguir escribiendo. En mi espíritu, antes de anotarla, se insinuaba el deseo de dar un testimonio preciso, puntual. Al leerla no encuentro más que abstracción, dolor incierto. La exactitud de la fecha luego se diluye porque sólo “conjeturamos”; “desaparecer” evoca el vacío, “mi hijo” sólo es real para mí. Quise señalar un comienzo –el del recuerdo incesante- y describo un hueco” (Schmucler, 2019: 89).

Es precisamente esta experiencia la que intenta rodear con la ayuda de Arendt, para arrojar algo de luz sobre el mal totalitario, en el texto de 1996 que hoy acercamos a los lectores: “Ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello (reflexiones sobre los desaparecidos y la memoria)”. La

idea central de este ensayo toma una clara inspiración de “La imagen del infierno” de 1946, al señalar que los totalitarismos han enseñado que hay algo peor que el asesinato: la negación de la posibilidad de una muerte propia, de morir como un ser humano desdibujando la identidad de los cuerpos en los que la muerte puede dejar testimonio de que ese que murió había tenido vida. El desaparecido, hecho que señala una afinidad horrorosa entre la última dictadura argentina y los totalitarismos europeos, es el privado de muerte. No sólo se trata de constatar esta singularidad histórica, sino de preguntar por sus condiciones: ¿Cómo pudo ocurrir?, una pregunta que nos instala en el rastro del mal y en el problema de la comprensión y de la responsabilidad.

Héctor Schmucler nació en Entre Ríos, Argentina, el 18 de julio de 1931 y falleció en Córdoba el 19 de diciembre de 2018. Estudió Letras en la Universidad Nacional de Córdoba y obtuvo su licenciatura en 1961, en la Universidad Nacional de Buenos Aires. Entre 1966 y 1969 estudió semiología en la *École Pratique Des Hautes Études*, bajo la dirección de R. Barthes. Fundó la revista *Pasado y Presente*, junto a J. M. Aricó, O. del Barco y S. Kiczkowski. Fue uno de los primeros en abordar el campo de estudios de la comunicación en el país, influenciados por la Escuela de Frankfurt y la Teoría de la Dependencia. Entre 1969 y 1972, dirigió la revista *Los libros*, donde colaboraban J. Rest, J. Gelman, J. Aricó, O. Steimberg, E. Verón, B. Sarlo, C. Altamirano, R. Piglia y G. García entre otros. Junto con intelectuales como R. Carri y H. González fue parte de las Cátedras Nacionales en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. En la década de 1970 fundó en Santiago de Chile la revista *Comunicación y cultura*, junto a A. Mattelard y A. Dorfman. En 1971 escribió el prólogo para el famoso libro *Para leer al Pato Donald*. Entre 1976 y 1986 vivió exiliado en México, en donde fundó la revista *Controversia* junto con J. Tula, R. Caletti, J.C Portantiero y N. Casullo. Fue fundador del Seminario de Informática y Sociedad en la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Integró el grupo editor de la revista *Artefacto* y de la revista *Confines*. Es considerado una de las principales figuras de los estudios de la comunicación en América Latina. Entre sus obras cabe destacar

América Latina en la encrucijada telemática (con A. Mattelard, 1983), *Sobre Walter Benjamin: vanguardias, historia, estética y literatura, una visión latinoamericana* (con N. Casullo et. al, 1993), *Memoria de la Comunicación* (1997), *Neoliberalismo, comunicación y después* (con M. Mata et. al, 2000), *Ciencia, Periodismo y Sociedad* (2001). En 2011 el propio Horacio González realizó una edición facsimilar de la revista *Los libros*. Sus últimos años permaneció en Córdoba profundizando una línea de investigación en el Programa de Estudios sobre la Memoria en el Centro de Estudios Avanzados (CEA-UNC). En 2005 participó de un debate que movilizó a la intelectualidad argentina iniciado por un texto de O. del Barco denominado “No matarás” y que ponía en cuestión de manera radical el apoyo del grupo de *Pasado y Presente* a la organización guerrillera EGP. Fue nombrado profesor emérito de la UNC. En 2019 Clacso publicó una colección de sus ensayos, al cuidado de Vanina Papalini, *La memoria, entre la política y la ética. Textos reunidos de Héctor Schmucler* (1979-2015).

Paula Hunziker
Universidad Nacional de Córdoba

Ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello (reflexiones sobre los desaparecidos y la memoria)

Héctor Schmucler¹

1. Un texto de Hannah Arendt publicado en 1946² describe, con rara intensidad, la aniquilación de los judíos en los campos de concentración: “Después vinieron las fábricas de la muerte y todos murieron no en calidad de individuos, es decir de hombres y mujeres, de niños o adultos, de muchachos y muchachas, buenos o malos, bellos o feos, sino que fueron reducidos al mínimo común denominador de la vida orgánica, hundidos en el abismo más sombrío y más profundo de la igualdad primera; murieron como ganado, como cosas que no poseyeran cuerpo ni alma, ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello”. Hay un acto que es peor que la muerte y que no encuentra explicación en ninguna contingencia histórica: negar la posibilidad de morir como ser humano, desdibujar la identidad de los cuerpos en los que la muerte puede dejar testimonio de que ese que murió había tenido vida. Si la vida, en los hombres, solo se manifiesta en sujetos únicos, la muerte genérica es incapaz de mencionar la muerte humana; por eso es inagotable la necesidad de saber cómo murió cada uno³ y, por eso, la incertidumbre no tiene consuelo.

2. No nos urge saber a cada instante que alguien está vivo; en cambio, es perentoria la exigencia de confirmar la muerte. Porque cada uno tiene una muerte

¹ Nota de los editorxs: Agradecemos el permiso para la reproducción de este artículo a Vanina Papalini. Fuente original: Revista *Pensamiento de los Confines*, 1996, año 2, núm. 3, pp. 9-12, Buenos Aires.

² Arendt, H. “L’image de l’enfer”, en *Auschwitz et Jerusalem*, Paris, Deux ans Tierce, 1991. *Apud* Revault d’Allones, M. *Ce que l’homme fuit à l’homme*, Paris, Du Seuil, 1995.

³ Pierre Vidal-Naquet, en *Los asesinos de la memoria* (Madrid, Siglo XXI, 1994, p. 136) cita una página de Tucídides en la que se narra la eliminación de dos mil ilotas 400 años antes de Cristo y en la que subraya esta frase: “poco después se los haría desaparecer, y nadie sabría de qué manera cada uno de ellos habría sido eliminado”. Vidal-Naquet fija su atención en el “cada uno” del escrito de Tucídides y en el hecho de que los “ilotas ‘desaparecen’, son ‘eliminados’ [...] pero las palabras que designan la matanza, la muerte, no se pronuncian, y el arma del crimen permanece desconocida”.

propia, sólo el muerto es testimonio de su muerte. Sin muerte propia, no es verdaderamente un muerto. El sustantivo “muerto”, no casualmente, evoca únicamente al hombre. En todos los otros casos la muerte es percibida como un momento particular, pero uno más, del acontecer temporal. Así, un animal, un vegetal, hasta un espíritu, pueden estar muertos, pero “el muerto” siempre habla de un ser humano: la muerte, para los seres humanos, es un absoluto. Negar el derecho de morir como “cada uno”, nos coloca en presencia del mal superlativo. Mientras “no matarás” es una orden fundante de nuestra concepción del hombre, no permitir la muerte es algo extraño al pensamiento. La Shoá implementada por los nazis y la técnica de “desaparición” practicada en la Argentina durante la dictadura instalada el 24 de marzo de 1976 tienen en común el no permitir la muerte de cada uno. Ambas resultan incomprensibles⁴ y, sin embargo, nada pone tanto en juego el sentido mismo del pensar como la necesidad de saber de qué forma lo impensable se hizo posible.

3. Es probable que el golpe de Estado sin los desaparecidos y el nazismo sin la Shoá, hubieran adquirido significaciones distintas a las que ahora se les otorga. Los recorridos de la historia no coinciden, obligadamente, con la presencia de acontecimientos que adquieren relevancia propia y que por su magnitud iluminan el sentido de una época. No hay continuidad necesaria entre el golpe de Estado y los desaparecidos, aunque se acepte que el golpe tuvo como motor y objetivo central el extirpar una guerrilla que había impuesto su marca en la vida de la Nación. La desaparición técnica consciente y exitosamente utilizada por las fuerzas

⁴ En el apéndice agregado en 1987 a *Si esto es un hombre* (Barcelona, Muchnik), Primo Levi sostiene: “Quizás no se pueda comprender todo lo que sucedió, o no se deba comprender, porque comprender es casi justificar. Me explico: ‘comprender’ una proposición o un comportamiento humano significa (incluso etimológicamente) contenerlo, contener al autor, ponerse en su lugar, identificarse con él. Pero ningún hombre normal podrá jamás identificarse con Hitler, Himmler, Goebbels, Eichmann e infinitos otros. Esto nos desorienta y a la vez nos consuela: porque quizás sea deseable que sus palabras (y también, por desgracia, sus obras) no lleguen nunca a resultados comprensibles. Son palabras y actos no humanos, o peor: contrahumanos, sin precedentes históricos, difícilmente comparables con los hechos más crueles de la lucha biológica por la existencia. A esta lucha podemos asimilar la guerra: pero Auschwitz nada tiene que ver con la guerra, no es un episodio, no es una forma extremada. La guerra es un hecho terrible desde siempre: podemos execrarlo pero está en nosotros, tiene su racionalidad, lo ‘comprendemos’. Pero en el odio nazi no hay racionalidad: es un odio que no está en nosotros, está fuera del hombre, es un fruto venenoso nacido del tronco funesto del fascismo, pero está fuera y más allá de su propio fascismo. No podemos comprenderlo; pero podemos y debemos comprender dónde nace, y estar en guardia. Si comprender es imposible, conocer es necesario, porque lo sucedido puede volver a suceder, las conciencias pueden ser seducidas y obnubiladas de nuevo: las nuestras también”.

represivas va más allá de la crueldad que implica: está en la zona de lo no calculable, de lo que la imaginación ni siquiera debería proponer si es que en ella aún persisten rasgos de humanidad. No se trata de la muerte de los “enemigos” porque –si esto es escuchable– en la aborrecible contabilidad de la guerra, las muertes no fueron gratuitas.⁵ El golpe de Estado, en cambio, está teñido por los desaparecidos. De la misma manera, las cámaras de gas son indisociables del hitlerismo, aunque numerosos trabajos tratan de indagar si el genocidio hace o no a la naturaleza del nazismo.

4. Los sucesos del golpe de Estado, así como la historia del nazismo, son narrables. El acontecimiento de los desaparecidos o la decisión de que los individuos de un pueblo pueden ser eliminados *solo* por pertenecer a ese pueblo, carece de palabras. Pero, dijimos antes, el silencio no es tolerable aunque la apuesta sea el fracaso. El riesgo de hablar es manifiesto: si aquello a lo que se alude es inabarcable, toda palabra será defectuosa y estará marcada por la desesperación. El que da testimonio no espera nada, pero no puede dejar de ofrecerlo y, en ese sentido, las palabras –este, mi propio discurso– tienen algo de desesperado, abierto al riesgo. También existen riesgos menores, más mundanos, pero igualmente inquietantes: las palabras son ambiguas y, a la vez, implacables. Cada una marca al mundo y nos hace responsables de lo que decimos y de lo que no decimos. Tal vez por eso, antes de cada afirmación nos vemos empujados a señalar lo que no se quiso decir y, aun así, el riesgo es grande: el tener oídos no es siempre garantía del oír. Tengo conciencia que entre la Shoá y los “desaparecidos”

⁵ En la edición del 24 de marzo de 1996, *Página 12* publica una entrevista al general Rodolfo Mujica, en la que afirma: “a la subversión, entre la que había gente equivocada pero idealista, valiente, porque hubo quien murió en los montes tucumanos gritando en favor de sus ideas mientras enfrentaba al enemigo que lo reprimía, se la podía combatir de dos formas. Una era el combate oficial, que se logró recién con la firma del decreto que autorizaba la participación de las fuerzas armadas en la represión, y la otra, con la que no podía coincidir nunca un militar de verdad: actuar por izquierda, como actuó la Triple A, dirigida, para nosotros, por el señor López Rega, habrá tenido sus adeptos dentro del ejército, como pudo tenerlos dentro de los médicos, los ingenieros o los periodistas. Pero la Triple A empezó a actuar subvirtiendo el orden militar. Y para los militares que tenían relativa jerarquía, eso no era admisible. Tanto es así, que con fecha del 18 de junio de 1975 hago saber mi inquietud por la existencia de estos grupos a mi comandante de cuerpo, que la recibí y elevó a las autoridades militares. Si luego el combate a la subversión cegó a quienes se dedicaron a luchar de igual a igual con la guerrilla y con ello se perdió mucho del prestigio militar, es otra cosa. Los enceguecí pensar que el país podía tener zonas liberadas, los enceguecí ver la hipocresía de los que no querían que se procediera con franqueza, con total lealtad, imponiendo la pena de muerte. Así, en un país donde estaba muriendo tanta gente, en vez de aplicar la pena máxima a quien lo merecía, se mató, con Triple A o con lo que fuera, por izquierda”.

median tantas distancias que, históricamente, son incomparables. Salvo en un punto: en esa presencia incomprensible del mal.

5. Rigurosamente, en el mal no hay causalidad. Nada lo explica ni es posible instalarlo en un lugar previsible de consecuencias encadenadas. La Shoá y los “desaparecidos”, en su insoportable dimensión, se desadhieren de un origen y construyen un valor en sí. Con todo, es admisible una pregunta que nos arrastra, es decir, que nos instala en el rastro de nosotros mismos: ¿Cómo pudo ocurrir? Porque si el mal en sí mismo es ininterrogable desde presupuestos estrictamente humanos, no es menos plausible sostener que el mal se hace posible en condiciones determinadas. Aquí –en la indagación sobre las circunstancias que hicieron admisibles el estallido del mal– nuestra responsabilidad es indelegable. Hay que reconocer que, sin embargo, en nuestro caso aún no hemos comenzado a reconstruir sistemáticamente la historia y que los análisis políticos están cargados con prejuicios intolerantes, intereses coyunturales y miedos que paralizan e impiden indagar cómo y en qué medida la sociedad estuvo comprometida.⁶

6. En la Argentina, las multitudes acompañaron muchas veces los cambios políticos promovidos por los militares, desde el primer golpe de Estado en 1930. Las fuerzas armadas ocuparon en el imaginario social un lugar de privilegio como articuladoras de la Nación y salvaguardas de los más rectos principios. En todo caso, cuando eran pasibles de crítica, se les reprochaba no cumplir con el verdadero papel que les correspondía de acuerdo a esencialidades que las definían. No otro era el sentido de las acusaciones formuladas por el general Perón cuando fue derrocado en 1955. En 1924, mientras el fascismo crecía en el mundo, Leopoldo Lugones se adelantó en proclamar que había sonado “la hora de la espada” y las reacciones en su contra fueron minúsculas. La figura más significativa de la política argentina durante medio siglo, Juan Perón, elegido tres veces presidente de la República, había surgido del golpe militar de 1943 y en 1976 no

⁶ Esta afirmación no desconoce algunos intentos rigurosos aunque fragmentarios. El libro *A veinte años del golpe* (Rosario, Homo Sapiens, 1996), por ejemplo, ofrece trabajos vinculados a la última dictadura argentina. Allí mismo los compiladores, Hugo Quiroga y César Tcach, reconocen que “la comprensión de un tiempo complejo como el nuestro, cubierto de incógnitas, implica –parafraseando a Hannah Arendt– la ineludible apertura de un proceso de autocomprensión. La comprensión del autoritarismo militar no podría, entonces, quedar separada del proceso de autocomprensión de la sociedad argentina”.

resultaba sorprendente que las Fuerzas Armadas fueran consideradas protagonistas relevantes en prácticamente todas las combinaciones elaboradas para salir de una situación que nadie deseaba mantener. La atmósfera se había llenado de presagios, desencantos, miedos y pólvora. Roberto Cossa –entonces secretario de redacción de *El Cronista Comercial*, un diario que en aquel momento estaba estrechamente vinculado a los Montoneros– recuerda, veinte años después,⁷ la jornada del 24 de marzo: “En uno de los corrillos, un periodista de larga militancia en la izquierda combativa arriesgó la teoría de que, por fin, se terminaría la violencia imprevisible del gobierno de Isabel Perón [...]. Es probable que esa sensación la compartiéramos muchos de los integrantes del diario”. Algunos meses antes del golpe, el 13 de agosto de 1975 y recién regresado del exterior a donde había marchado tras amenazas de la Triple A, Tomás Eloy Martínez describía lo que había encontrado:⁸ “No he oído sino frases abatidas. Nadie sabe hacia dónde el país navegará mañana, a qué tabla de salvación encomendarse, en qué rincón de la noche recuperar la fe que se ha perdido durante el día”. El Golpe de Estado de 1976 podría haber sido uno más de los tantos sucedidos desde 1930. La diferencia radicaba en que, como nunca, la sociedad toda estaba involucrada. Es cierto que las Fuerzas Armadas actuaron por decisión propia, pero todos los caminos se habían abierto para el paseo triunfal. El golpe parecía cerrar brutalmente un tiempo de confusión y angustia, inclusive para gran parte de la guerrilla que se ilusionaba con tener, en adelante, un enemigo con rostro claramente reconocible. Estamos atravesados de olvidos⁹ que oscurecen las minucias de la historia.

7. El mal, sin embargo, seguirá inexplicable luego de saber cómo se hizo posible. Porque cuando se pretende nombrar el escándalo de no permitir la muerte de cada uno, solo se escuchan balbuceos. El desaparecido no es el “no muerto” sino el privado de la muerte. El cortejo fúnebre no puede regresar del cementerio porque la fosa está vacía: no es posible el duelo, que exige enterrar un cuerpo; ni es

⁷ Cossa, R. “La respuesta va a ser terrible”, *Página 12*, suplemento cultural, 24 de marzo de 1996.

⁸ Eloy Martínez, T. “El miedo de los argentinos”, *La Opinión*, 13 de agosto de 1975.

⁹ Ver Schmucler, H. “Formas del olvido”, *Confines*, núm 1, 1995.

posible la cólera que requiere señalar a un responsable del asesinato.¹⁰ La tragedia se ha instalado, pero “ha marcado la historia como terror mucho más que como destino”.¹¹ Terror a reconocer que la tumba permanece abierta esperando que algún orden sea posible. La tragedia en la que ningún destino parece cumplirse, se interroga a sí misma para doblegarse frente al mal sin aditivos. Los hombres han ido más allá de los dioses al establecer que “todo es posible”: se han vencido las fronteras de lo imaginable y hasta la posibilidad de preguntarse “por qué”, ha cesado.

8. David Rousset¹² encuentra el universo de los campos de concentración como un “astro muerto cargado de cadáveres” que seguía viviendo en el mundo. En la Argentina hay muertos en una tierra muerta, invisible. La que reconoce al muerto, lo acoge, lo reintegra, es una tierra viva que permite a los deudos retirarse sabiendo que el mundo continúa. Entonces, recién entonces, la memoria se hace posible. La memoria enraíza sobre heridas cerradas, se edifica sobre la convicción de que algo irreversible, y por lo tanto irreparable, ha acontecido. Los desaparecidos, en cuanto tales, no propician una memoria. Son una espera; son, en todo caso, un puro dolor que vive en el doliente y que amenaza disolverse cuando el deudo desaparezca o cuando agote su capacidad de dolor. El duelo tiende al consuelo y en el consuelo se realiza, “hace de la vieja desdicha el ingrediente que enriquecerá una experiencia mía”, escribe Vladimir Jankélévitch.¹³ La memoria es ajena al orden del consuelo, aunque presupone el duelo. Está después del duelo: es una decisión voluntaria de recordar y, por lo tanto, patrimonio de la ética. Prescribe, es tributaria de la Ley que hace hombres a los hombres y, como la Ley, no concluye, a condición de que sea transmitida. Sin duelo, sin cuerpo donde la muerte se asiente y sin tierra viva que lo cobije, la memoria no logra realizarse; estrictamente, no tiene *qué* recordar.

¹⁰ Ver el sugerente estudio que realiza a partir del lugar que ocupan las madres en la tragedia Loraux, N. *Madres en duelo*, Buenos Aires, De la equis, 1995.

¹¹ Revault d'Allones, M. *Ce qui l'homme fait à l'homme*, Paris, Du Seuil, 1995.

¹² Rousset, D. *L'univers concentrationnaire*, Paris, Du Minuit, 1965.

¹³ Jankélévitch, V. *La mala conciencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.